

XII

LA CITA

Desde que Enrique de Lagardère se había casado con Aurora de Nevers, niña salvada por él de una muerte horrorosa y por la cual había experimentado el conde un afecto casi paternal, al principio, antes de amarla con aquel amor ardiente que le indujo á desafiario todo para obtenerla, desde aquella época, decimos, nadaba el conde en plena felicidad.

Las penas, las desgracias, las terribles angustias que había atravesado su vida, le parecían en una vaga lejanía, confusa, velada por una niebla que cada día se tornaba más densa.

Dedicado del todo á su dicha, á las profundas alegrías que le proporcionaba su querida Aurora, le ocurría preguntarse si realmente había padecido antes, si no había sido siempre tan feliz como era entonces.

Aurora adoraba á su esposo y le consideraba como un semidiós.

¿No se lo debía ella todo?

Y al recordar el cariño que le había demostrado, la vigilante ternura de que siempre la rodeaba, sentía indecibles tesoros de agradecimiento hacia él.

Como si Dios hubiera querido estrechar aún más el lazo que los unía, les concedió un hijo.

Angelito de dulce sonrisa y ojos azules, resplandecía junto á sus padres é imprimía un divino encantamiento en su corazón.

Diéronle el nombre de Felipe, en memoria del duque de Nevers, amigo, un momento, del conde, y padre de Aurora.

Ésta decía á menudo á su marido :

— ¡Tú revives enteramente en este querubín, tú Enrique !...

— No, eres tú, al contrario — replicaba Lagardère. Luego añadía perentoriamente.

— Y debo de saberlo ; puesto que te ví á esa edad.

Entonces, si por casualidad llegaba Flor durante ese debate, tomábanla por árbitro.

— Yo — decía la marquesa — creo que se parece muchísimo á los dos.

Y era cierto ; el niño tenía á la vez algo de su padre y de su madre ; sin que pudieran precisarse las facciones heredadas de uno ó de otra.

No obstante, á medida que crecía, la fisonomía de Felipito se acercaba sensiblemente á la del conde, de la que no tardó en ser imagen exacta.

Todos lo notaron, y el mismo Lagardère tuvo que reconocerlo.

Tenía ya su frente ancha, el intenso resplandor de sus ojos y, sobre todo, una decisión en sus movimientos que bastaba por sí sola para revelar su origen.

Ambos esposos vivían fuera del barullo del mundo.

¿Qué les importaba el bullicio de la muchedumbre indiferente y por qué habían de perder en ocupaciones vanas y fútiles los preciosos instantes de su existencia llena de alegría y dicha?

No estaban tan locos.

Cuatro años transcurrieron sin que la menor sombra empañase la pureza de su firmamento.

Pero ¡ay! en aquel corto lapso de tiempo habían agotado la parte de felicidades terrestres que les fué concedida, y la desgracia iba á abatirse, terrible, sobre ellos, convirtiendo para siempre su dulce nido en mansión de desesperación y dolor...

Al día siguiente al en que Peyrolles habló con Knauss en la taberna de la *Pie-sans-Queue*, éste último, vestido de aldeano de los alrededores de la capital, y montado en un enorme caballo que parecía haber pertenecido á Don Quijote, deteníase á eso de las tres de la tarde ante el palacio de Nevers, á cuya puerta se encontraba un portero suizo de compleción atlética.

El teutón iba cubierto de polvo de pies á cabeza, con la cara sudorosa, como si acabase de efectuar una larga caminata.

El caballo estaba blanco de espuma y arrojaba fuego por las narices.

El pobre animal había recorrido dos veces en tres horas la distancia de París á Saint-Cloud.

Apeándose en seguida del caballo, el joven se acercó al imponente personaje, trayendo en la mano la carta que le había dado Peyrolles.

— ¿Es aquí donde vive el conde Enrique de Lagardère, señor portero? — preguntó.

En vez de contestar, el helvecio midió de arriba abajo desdeñosamente á su interlocutor, cuya apostura indicaba un perfecto rústico.

Parecía evidentemente muy raro que un individuo de aquella condición tuviera algo que ver con su amo.

Al ver esto, Knauss reiteró su pregunta.

— Sí — dijo por fin el portero — ¿qué le quieres al señor conde?

— Desearía entregarle esta carta... Es muy urgente.

El gigante alargó una mano, en forma de bandeja, para recibir el pliego.

— No; tengo que entregársela á él mismo.

— No — dijo categóricamente el suizo.

Por el modo de pronunciar tan breve respuesta, podía haberse traducido ésta así:

« ¿Grees que mi amo va á recibir á un rústico de tu calaña? »

Á lo menos, así lo interpretó Knauss, pues repuso descaradamente:

— Anúncieme sin tardar. El señor conde no se disgustará al verme.

El helvecio dejó ver una sonrisa de desprecio; pero, como no era hablador, contentóse con expresar mediante una mimica concienzada, que había que escoger entre entrar en relación inmediata con sus botas, en las

que se hubiera acomodado un pequeño elefante, ó depositar la carta.

Al mismo tiempo alargó de nuevo el brazo para apoderarse de ella.

El joven retrocedió y resguardó la misiva tras su espalda.

— ¡Voto á bríos!... — juró sin fijarse — le digo que tengo que hablar personalmente al señor conde.

Vengo expofeso de Lagny de un tirón.

El señor marqués de Chaverny que me envía, me ha dicho : « Vas á llevar esto á París á casa del conde de Lagardère, y lo entregarás tú mismo en sus manos. » Y me ha repetido varias veces : « Tú mismo, entiendes ». Ya ve usted que no puedo darle este papel.

Si no quiere dejarme entrar, me vuelvo en seguida á Lagny y diré al señor marqués que no me ha dejado usted cumplir su comisión.

El juramento que se le escapó al mensajero, hizo abrir al buen suizo unos ojos tan grandes como la puerta cuya custodia tenía ; pero las numerosas razones aducidas por su interlocutor le impidieron reflexionar el tiempo necesario para profundizar y comprender aquella singularidad.

Sabía que el marqués era amigo del conde y pensaba que podría tener algún grave contratiempo si se oponía á que su mensajero cumplierse las órdenes que había recibido.

Por eso, después de mascullar entre dientes algunas palabras suizas, acabó por hacer seña al aldeano para que le siguiera, indicando siempre por gestos y sin dar

vuelta á la lengua, que se la pagaría el intruso, si le reñía el conde.

La cara del bandido alemán desagradaba mucho al silencioso suizo, y tenía como el presentimiento de que cometía una falta cediendo á sus instancias.

Caminando delante de Knauss, que ató su caballo á uno de los pilares sitos á cada lado de la puerta, lo condujo á una antecámara, donde se lo confió á un criado, sin decir una palabra.

Este le llevó entonces á una sala y le invitó á esperar á que se enterase el amo de su venida.

Al cabo de diez minutos, apareció el mismo conde, que seguía siendo tan bello como siempre.

Como antes, su cabeza altiva erguíase orgullosamente sobre sus hombros, y sus facciones, al igual que sus andares, se conservaban tan jóvenes como antaño.

Ni una cana se perdía aún por las ondulosas matas de su negra caballera ; ni una arruga había alterado las puras líneas de su faz.

— ¿Tienes una carta que entregarme, muchacho? — preguntó á Knauss.

— Sí, señor conde... de parte del señor marqués de Chaverny, del que es jardinero mi padre ; aquí está.

Cogió Lagardère la misiva, y reconociendo en el lacre las armas de Chaverny, apresuróse á abrirla.

Knauss tuvo un momento de horrible miedo.

¡ Si notaría el conde la falsificación !

¿ Y si Peyrolles, por más que dijera, no había imitado lo suficiente la letra de Chaverny ?

Mas pronto se tranquilizó.

Lagardère leía la carta sin sospechar lo más mínimo su falsedad.

Las primeras líneas le hicieron sonreír; pero al llegar á las últimas nublóse repentinamente su fisonomía y no pudo reprimir un vivo movimiento de contrariedad.

Y hasta llegó á decir á media voz :

— Si no puedo, es imposible.

Al oír estas palabras, el teutón estuvo á punto de lanzar una exclamación de despecho.

Afortunadamente, se contuvo.

Con la carta en la mano, el conde permanecía pensativo, con las cejas ligeramente fruncidas, y arrugando nerviosamente con los dedos el papel.

Knauss le espía de reojo con ansiedad.

El negarse Lagardère á secundar al marqués, era la completa destrucción del plan combinado por él y Peyrolles.

No obstante, no tardó en recobrar esperanzas.

Poco á poco iban serenándose las facciones del conde.

Por fin, dirigiéndose al pretendido jardinero, le dijo :

— Di á tu amo que está bien y que puede contar absolutamente conmigo... Ya lo entenderá él.

— Bueno, señor conde — dijo Knauss á quien le costaba ahora trabajo disimular su alegría. — No faltaré.

Y se retiró en el acto.

Al verlo volver á pasar, con la faz iluminada por mala sonrisa, el portero soltó un « *vade retro!* » que en su lenguaje figurado debía de significar :

« No importa, creo que hubiera hecho mejor en no dejar pasar á esa ave de mal agüero ».

Después de marcharse el alemán, volvió á nublarse la fisonomía del conde.

— Decididamente — murmuró, — el favor que me pide Chaverny me disgusta mucho

Voy á verme obligado á fingir con Aurora, lo que todavía no he hecho desde que nos casamos.

Para explicar esas palabras, que podrían parecer extrañas en boca de Lagardère, hay que decir que, al principio de su unión, la joven, temiendo que la naturaleza belicosa de su marido le condujese á alguna aventura enfadosa, obtuvo de él la promesa de que, no sólo no volvería á batirse en duelo, sino también que nunca más se mezclaría á nada de ese género de combate, aunque fuese para secundar á un amigo.

Para motivar esta última cláusula, alegó Aurora, lo que era cierto, que en semejante circunstancia, llega uno á veces á tomar parte en una disputa en que no tenia ningún interés.

Enrique consintió á gusto en lo que ella exigía, esperando poder cumplir siempre su promesa.

Y he aquí que, en el momento en que menos lo pensaba, se veía en la necesidad de faltar á ella, so pena de enfadarse con su mejor amigo.

Apenóle todo el día esa idea, porque, temiendo confesar á Aurora la verdadera causa que iba á obligarle

á ausentarse por la noche, y no queriendo avisarla sino momentos antes de su salida, pasó el tiempo buscando un pretexto plausible.

No halló ninguno que le satisficiera, y llegó la noche, sin que supiese á punto fijo lo que iba á inventar.

Como, sin embargo, era menester que se decidiese á hablar; puesto que había prometido su concurso al marqués, armóse de valor, y, al salir de cenar, á cosa de las siete, dijo á su mujer tratando de conservar á la voz su timbre natural:

— ¡Ah! ¡Caramba! Me había olvidado decirte, Aurora, que he recibido esta tarde un mensaje de Chaverny. Me ruega salga al encuentro de un tal Pombiñac, pariente suyo en no sé qué grado, y que debe desembarcar hoy en París, á las ocho... Es un joven sin fortuna, que viene á buscarla aquí.

— ¡Vaya un raro encargo que te hace el marqués!

— No; ¿qué ves de raro en ello?

— ¡Toma! Parece que hubiera podido simplemente enviar á alguien de su gente.

— Me parece mejor que mande á un amigo. Y tanto más, cuanto que Chaverny me ruega lo encamine inmediatamente á Lagny.

— ¡Precisamente! La persona que hubiera venido en busca del tal pariente, podría habérselo llevado consigo.

La lógica de esta respuesta desconcertó á Lagardère.

Sin embargo continuó:

— Es verdad; eso hubiera sido más razonable; pero,

en fin, ya que el marqués ha creído conveniente recurrir á mí, no puedo negarle ese servicio.

Saldré, pues, al encuentro del caballero Pombiñac.

La joven murmuró:

— ¡Y además, obligar á hacer á ese pobre hombre nueve leguas de posta en plena noche! ... ¡Eso sí que es raro!

¿En qué estaba pensando Chaverny?

— Yo, la verdad, no sé nada, y, como tú, reconozco que ha tenido una idea algo caprichosa.

— En tu lugar, Enrique, yo traería aquí al caballero y le hospedaría hasta mañana; así podría descansar antes de ponerse otra vez en camino.

— Eso no es posible — replicó Lagardère, tan precipitadamente, que Aurora lo miró con extrañeza.

— ¿Y por qué?

— ¿Por qué?... ¿Por qué?... Pero, hija, ¿cómo quieres que meta en nuestra casa á un hombre que no conocemos de nada?

¿Acaso sé yo quién es ese caballero de Pombiñac?

— ¡Es un amigo del marqués, y eso debe bastarnos!

Lagardère se veía apurado. Á pocas palabras torpes como las que acababa de pronunciar, podría Aurora sospechar la verdad. Resolvióse á cortar por lo sano.

— Mira, querida mía — dijo, — lo mejor es que cumpla lo que me ha encargado tu primo, en las condiciones que él me indica.

Yo no podría otorgarme el derecho de modificarlas en modo alguno.

Ahora, permíteme que te deje; estaré de vuelta á las

nueve, á más tardar. Abrazó á Aurora, besó al niño y se fué.

En cuanto hubo salido, la joven esposa fué presa de indecible angustia: una nube pasaba ante sus ojos, y algo se rompió en ella.

— ¿Qué tengo, Dios mío? — se preguntaba. — ¿Y de dónde viene lo que siento?

Paréceme que temo un peligro para Enrique...

Vamos, estoy loca.

Nada más fácil que lo que él ha ido á hacer, y dentro de dos horas, probablemente antes, habrá vuelto, aquí, á mi lado. El profundo cariño que le tengo es lo que me intranquiliza tan fácilmente.

Sin embargo, á pesar de esas razones, Aurora permaneció bajo el peso de cierto vago temor, que aumentaba á medida que transcurría el tiempo.

Por su parte, Lagardère, al poner el pie fuera de su hotel, sintió también una turbación inexplicable.

Parecía que el cielo, aunque admirablemente constelado, se entristecía de pronto y adquiría un matiz lívido.

Con movimiento inconsciente, volvióse hacia su morada, en donde estaban los dos seres queridos por quienes cien veces hubiera dado su vida, é hizo volar su alma hasta ellos, envolviéndolos en un mismo pensamiento de amor.

Figurábase que nunca los había amado como en aquel momento, y tuvo que contenerse para no entrar y estrecharlos en sus brazos.

Pero, consiguiendo dominar esta emoción, que él atri-

buía á una excitación nerviosa provocada por el fastidio de haber tenido que fingir con Aurora, no pensó más que en ir á unirse al marqués y llenar convenientemente sus funciones de padrino.

XIII

CÓMO MUERE UN HÉROE

Puede decirse de París lo que se dice de Roma : que ha escrito él mismo su historia en piedra tallada.

Más de cien monumentos célebres que se remontan á las primeras épocas de su formación ó datan de tiempos modernos, vienen á apoyar este aserto.

No queremos emprender aquí una reseña histórica de esos monumentos.

Aparte de que la crónica que con ellos se relaciona nada tiene que ver con nuestro relato, semejante trabajo exigiría varios volúmenes.

Pero creemos deber decir algo de uno de ellos, cerca del cual va á acontecer uno de los principales sucesos de esta historia.

Trátase del Hotel de los Inválidos.

Ante todo, rectifiquemos. Todo el mundo, ó casi todo, está convencido de que Luis XIV fué el primero que

tuvo la idea de construir un asilo para los soldados estropeados ó ancianos.

Esto es un gran error. Dicha idea pertenece á Enrique IV quien, antes que nadie, pensó dar hospitalidad á los viejos defensores de la patria.

Por iniciativa suya, fueron primero acuartelados en Lourcine, en espera de algo mejor.

Luego, más tarde, como su número aumentaba de día en día, Luis XIII les asignó Bicêtre.

Y sólo en 1671 fué cuando el Rey Sol, á instancias del marqués de Louvois y bajo los planos del arquitecto Liberal Bruant, fundó el actual Hotel de los Inválidos.

Más adelante, Julio Hardouin-Mansard proporcionaba el molde de la majestuosa cúpula cuya construcción dirigió.

Ese Mansard era sobrino del célebre Francisco Mansard, arquitecto del Banco de Francia, del hotel Carnavalet y del Val-de-Grâce ; él mismo construyó el palacio y la capilla de Versalles, así como las plazas Vendôme y de las Victoires.

Peró su mejor título de gloria, es seguramente el de haber servido de padrino á esas vecinas del cielo llamadas *mansardas*.

El marqués de Louvois, de actividad prodigiosa, apresuró mucho los trabajos del Hotel de los Inválidos, al que iba á visitar una vez por semana.

Peró un pequeño acceso de vanidad que tuvo le valió una lección de Luis XIV.

Habiendo ido este último, un día, para ver también

si el monumento se iba á terminar pronto, notó con no disimulada sorpresa que en varios sitios se habían esculpido las armas de su ministro.

Muy descontento de semejante audacia, las hizo romper inmediatamente, ante él, á porrazos.

Louvois se tragó la afrenta sin decir una palabra, pues comprendió que fuera imprudente resistir al monarca.

El terreno en que había sido construído el palacio era una vasta llanura que servía de punto de reunión á los parisienses los días de fiesta.

He aquí cómo Belloc, el poeta ayuda de cámara, describió ese terreno y el monumento que empezaba á erigirse en él:

O, d'un puissant génie, ardeur laborieuse!
Voicy la même plaine où sur l'émail des prés
Roulaient un an plus tôt les carrosses dorés;
Voicy les mêmes champs où les herbes nouvelles
Ne permettoient qu'àux fleurs de s'élever plus qu'elles;
Et l'on en voit sortir, par d'immenses travaux,
Un temple si parfait qu'il n'a pas des rivaux... (1)

En esta descripción, olvida decirnos Belloc que la extremidad de la llanura « en donde por el esmalte de los prados rodaban un año antes las carrozas doradas » estaba plantada de ramilletes de árboles, que formaban

(1) ¡ Oh ardor laborioso de potente genio ! — He aquí la misma llanura en donde, por el esmalte de los prados. — Rodaban un año antes las carrozas doradas. — He aquí los mismos campos donde las hierbas nuevas. — Sólo á las flores permitían alzarse más que ellas. — Y se ve salir, por inmensos trabajos. — Un templo tan perfecto que no tiene rivales...

una especie de bosque que se extendía desde casi la verja de los Inválidos hasta la entrada del burgo del Gros-Caillou.

En 1710, talóse parte de ese bosque para permitir la construcción de las tabernas y otros malos lugares de que ya hemos hablado.

De todos modos, quedaba lo suficiente para que los señores duelistas pudiesen acudir allí á traspasarse á su gusto, sin miedo á ser turbados en sus interesantes ocupaciones.

Y eso en pleno día. Por lo tanto, la noche era aún mucho mejor.

Allí hubiera podido matarse á un regimiento, sin que nadie lo sospechase.

Media hora antes que Lagardère saliese de su domicilio, una quincena de hombres salía del Gros Caillou internándose en el bosque y dirigiéndose hacia la parte que llegaba á los Inválidos.

Peyrolles y Knauss iban á la cabeza.

Todos ellos eran lo peor entre la escoria de los ganapanes.

El teutón los había recogido de todas partes, en el fango de las zahurdas, después de haberse enterado previamente de sus hojas de servicios.

No había uno solo que no mereciera veinte veces la rueda ó la horca.

Iban armados hasta las uñas, como si se tratase de una expedición contra numerosos enemigos.

Y sin embargo iban á habérselas con un hombre solo, no más.

Verdad es que ese hombre solo valía por todos juntos.

Algunos tenían espadas, otros simplemente puñales ó grandes navajas para atacar de cerca ó lanzar de lejos, según las circunstancias. Dos de ellos iban provistos de armas singulares, generalmente poco usadas, aun en las emboscadas.

Uno llevaba enrollada al brazo una cuerda larga y delgada, que terminaba en un nudo corredizo.

El otro llevaba á la espalda un grueso palo, como un astil de instrumento aratorio, á lo largo del cual se sostenía una ancha hoja de acero.

Al llegar á poca distancia del lugar donde había de efectuarse el supuesto duelo del marqués de Chaverny con el caballero de Pombiñac, Knauss los mandó parar y los colocó cada uno detrás de un árbol de modo que quedasen enteramente escondidos; luego les encargó que no abandonasen sus respectivos puestos antes de que él les diera la señal.

Hecho esto, acercóse con Peyrolles á un pequeño claro que existía entre el bosque y la verja de Inválidos. Así se encontraban en el ángulo recto del jardín — lugar de la cita indicado á Lagardère — y tenían ante sí toda la extensión del terreno situado frente al edificio.

Desde allí les era fácil ver venir al conde, y tomar, en cuanto apareciera, las últimas disposiciones necesarias para el ataque.

Permanecieron, pues, inmóviles, sondeando el espacio y esperando con impaciencia que la sombra del

marido de Aurora se perfilase en la llanura iluminada con una suave y nebulosa claridad por la luna en su cuarto creciente. Á medida que pasaban los minutos, intranquilizábase Peyrolles.

— ¿Te ha asegurado que vendría, verdad? — preguntaba á Knauss.

— Sí, me lo ha asegurado.

— Pero; ¿y si se ha vuelto atrás?

— ¿Por qué había de volverse?

— Me acuerdo de estas palabras que le has oído pronunciar: « No puedo... es imposible », y que parecían hacer creer que al principio tenía la firme intención de no prestar al marqués el servicio que le pedía, lo que, por otra parte, no acierto á explicarme.

— Eso no quiere decir nada; puesto que después, me dijo: « Di á tu amo que puede contar absolutamente conmigo ». Y hasta acentuó la palabra « absolutamente ». Además, todavía no han dado las ocho en ninguna parte.

— Es verdad; pero no falta mucho.

— Oiga, ahora dan — dijo Knauss.

En efecto, la campana del reloj de los Inválidos lanzaba al aire sus notas graves y lentas, cuyos ecos repercutieron en los alrededores para ir á morir lejos.

— ¡ Ah ! — exclamó Knauss, cuando sonaba la última campanada — veo una sombra que se destaca en la llanura, por el lado del muelle; debe de ser él... mire usted.

Peyrolles dirigió la vista al sitio indicado por su cómplice. y luego, de repente, exclamó:

— Sí .. sí... ¡él es!... Á pesar de la distancia lo reconozco en el andar, en su actitud resuelta...

¡En fin — añadió con feroz alegría — voy á vengarme!...

Ambos reuniéronse entonces á la cuadrilla de bandidos.

— ¡Ea! — exclamó Knauss — estad preparados. Las espadas desenvainadas á lo largo del muslo, los puñales y navajas, en la manga.

Luego, dirigiéndose al portador de la ancha hoja de acero, añadió :

— Tú, picardo, prepara la guadaña... y cuando llegue el momento, apunta á las piernas... por detrás, naturalmente.

Y al hombre de la cuerda :

— Tú, español, desenrolla el lazo... y enséñanos lo que sabes hacer, atándole los brazos al cuerpo ; ó, si eso es muy difícil, poniéndole simplemente un collar de cáñamo.

Los bandidos obedecieron inmediatamente, y una vez hechos sus preparativos, continuó Knauss :

— Queda convenido, por última vez : los que tienen espadas atacarán primero ; luego los otros, de cualquier manera, pero todos á una.

— Entendido — dijeron los bandidos.

— Y una vez terminada la cosa — intervino Peyrolles, — os pago á cada uno las cien libras que en mi nombre os ha prometido nuestro jefe.

Un murmullo aprobador acogió estas palabras.

— Recordad la señal : — recomendó Knauss : —

cuando yo grite ¡Ay! que pronunciaré fuerte, como si acabase de tropezar con un obstáculo.

Y dicho esto, fué á colocarse en su puesto, junto á la verja, dejando á sus hombres con Peyrolles.

El conde de Lagardère acercábase por la llanura.

Notando que iba retrasado, caminaba de prisa, y no tardó en llegar cerca del jardín del hotel.

Al verlo acercarse, el ex intendente se colocó rápidamente un antifaz en el rostro, al mismo tiempo que Knauss hizo también sufrir una transformación á su fisonomía.

Se encajó unos poblados bigotes que le tapaban toda la boca y parte de las mejillas.

De ese modo, era imposible que el conde reconociera en él al campesino que le había llevado una carta aquel mismo día.

Lagardère llegó, en fin, al ángulo recto de la verja, en donde debía esperarle su amigo Chaverny.

Extrañado al no verle, miraba á derecha é izquierda cuando se presentó el alemán.

— Caballero, — le preguntó — ¿viene usted de parte del marqués de Chaverny, que ha citado aquí esta noche al caballero Pombiñac?

— ¿De su parte? No, señor — repuso el conde ; — puesto que, al contrario, yo creí encontrarlo en este lugar.

¿Es usted el caballero de Pombiñac, con quien el marqués ha tenido una cuestión esta mañana en Lagny?

— No ; soy su padrino — contestó Knauss, que, aun-

que no temía ser reconocido por el conde, no quería que su acento descubriese su origen tudesco, y le hiciera muy pesada la tarea de hacerse pasar por cadete de Provenza.

Luego, añadió, extendiendo el brazo hacia los árboles:

— Pero el caballero está ahí, á dos pasos, esperando que se arreglen las condiciones del encuentro. Si, según lo que creo comprender, es usted el padrino del señor de Chaverny, podríamos, á pesar de su ausencia, empezar á discutir las condiciones.

— Creo que es preferible no resolver nada hasta que venga el marqués. No me ha enterado de este desafío sino por una carta que me ha enviado esta tarde para suplicarme que le apadrinase, y antes desearía hablar un rato con él. Por otra parte, no me explico su retraso.

— Nosotros tampoco. Se había convenido á las ocho en punto, y son las ocho y cuarto.

— Seguramente, no estará ya lejos — observó el conde, tratando de disculpar á su amigo. — Generalmente, el señor de Chaverny es muy exacto.

— No lo dudo, caballero — dijo el alemán. — ¿Quiere usted que mientras viene, le presente al señor de Pombiñac? De ese modo, usted mismo podrá asegurarle que no tardará en estar aquí el marqués.

— Bueno.

Knauss expresó una sonrisa de triunfo; á eso era á lo que quería conducir á Lagardère.

Dirigióse en compañía de éste hacia los árboles.

Estaban ambos á pocos pasos, cuando de repente, el teutón, pareció tropezar con el pie contra un obstáculo y lanzó en seguida un ¡ ay ! muy fuerte.

Todavía vibraba la voz, cuando el conde se veía rodeado de los ganapanes apostados en el bosque, que se precipitaron todos juntos contra él.

Ante tan imprevisto ataque, se vió tan sorprendido Lagardère que quedó como clavado en el suelo, sin pensar en defenderse; y si sus agresores, asombrados al verle entregarse así, no se hubieran detenido en su ímpetu, por un segundo de aprensión que les causaba el estar junto á aquel hombre terrible, hubieran podido matarlo en el acto, sin que les costase una sola gota de sangre.

Pero el estupor del conde duró poco.

Sin tratar de comprender por qué le tendían aquella emboscada, sólo se enteró de una cosa: que querían su vida.

Entonces, con la rapidez de concepción que da el peligro, dióse cuenta de la situación y vió que no tenía probabilidades de escapar á la muerte sino atacando á sus enemigos de frente.

Ante todo, tenía que salir del círculo en que se hallaba encerrado.

Formando un terrible molinete con su espada que acababa de desenvainar, abatió los aceros que le amenazaban, é hizo una brecha entre los asaltantes, de los cuales tres cayeron como heridos por el rayo, atravesados de parte á parte.

Su intención era ir á recostarse contra la verja del

jardín. Cuando menos, allí podría hacer frente á los asesinos.

Pero, desgraciadamente. Knauss, adivinando su idea, ordenó:

— ¡Picardo, la guadaña... la guadaña!... No le dejemos llegar á la verja, porque lo pasaríamos mal.

El picardo, obedeciendo inmediatamente á esta orden, se destacó del grupo, y pasando detrás de Lagardère, le lanzó á las piernas un golpe con su arma traidora.

Un horrible grito de dolor brotó entonces del pecho del conde, y el desgraciado, herido en las corvas por la enorme hoja afilada, cayó de rodillas, tiñendo la hierba con su sangre, que brotaba á oleadas.

— ¡Mi enhorabuena, picardo! — gritó Knauss — has manejado admirablemente tu herramienta.

Ahora, acabemos pronto con él; no merece la pena hacerlo padecer más.

— Esperad — dijo entonces Peyrolles que acababa de acercarse — antes de matarlo, quiero que sepa por qué muere y conozca al que le quita la vida.

El siniestro miserable iba á desenmascararse y á enseñar á Lagardère la atroz manera de vengarse de él, cuando el conde, por un poderoso esfuerzo de energía, consiguió ponerse otra vez en pie, y á pesar de sus horribles heridas corrió casi hasta la verja, sin que sus agresores, estupefactos ante aquella prueba de vigor sobrehumano, pensasen impedirselo.

Allí, agarrándose con una mano á un barrote, se volvió hacia ellos amenazador, con la espada levantada.

Su soberbia cabeza resplandecía bajo la plateada luz

del astro de la noche, y su elevada estatura dominaba á los miserables asesinos, que, en su mayoría, vacilaban en continuar su obra de muerte.

— ¡Por vida de! — exclamó el teutón. — Por lo que veo, no hemos acabado todavía con él...

Vamos, ¡al ataque!... ¡y todos á una! — ordenó, al ver la indecisión de sus hombres.

Impulsados por Knauss, lanzáronse éstos en tropel contra Lagardère.

— ¡Eso es, todos al mismo tiempo! — aprobó Peyrolles — de lo contrario os hará caer unos tras otros, como espigas.

Esa voz que, por segunda vez atacaba sus oídos, despertó en la imaginación del conde un recuerdo confuso.

¿Donde la había oído ya? Y ¿quién era ese hombre enmascarado que dirigía el ataque?

No pudo profundizar esas preguntas: los miserables estaban sobre él. Los que llevaban espadas — y entre ellos estaba Knauss, — trataron primero de atravesarlo.

Pero su espada, que despedía en estrias de plata los rayos de la luna, formaba una impenetrable muralla de acero ante su pecho, cuya respiración era corta y ronca.

En vano las aceradas puntas revoloteaban por todas partes, buscando un claro para deslizarse por él, siempre tropezaban con la del conde, contra la que chocaban tan violentamente que de ellas brotaban infinitas chispas.

De repente, dos de los bandidos, que se habían acercado demasiado, rodaron por el suelo, uno, perdiendo el cerebro por un pequeño orificio de la frente, el otro, las entrañas por una ancha abertura que se abrió en el abdomen.

Eso le hacía ya cinco enemigos menos.

— ¡Voto al diablo! — gruñó Peyrolles, que comenzaba á atormentarse por el resultado de la lucha — ¿no podéis con él entre todos?

Aun no había pronunciado esta última palabra, cuando Knauss fué alcanzado también por la espada de Lagardère.

Pero, de todos modos, como el granuja efectuó á tiempo un movimiento de retroceso, sólo recibió un rasguño en el antebrazo, herida poco grave, pero que, no obstante, le reducía á la inacción.

Los que llevaban navajas y puñales, así como también el español, se habían quedado algunos pasos atrás, esperando las órdenes de su jefe.

El alemán se acercó á ellos.

— Á vosotros ahora, *piqueros* — dijo dirigiéndose á los primeros. — Arrojadle vuestras armas y apuntad á la cabeza, pues ese es el único sitio donde podáis herirle seriamente.

Tres grandes navajas de afiladas hojas silbaron en seguida en el aire, despidiendo un resplandor azulado.

El conde las vió venir y consiguió librarse de dos de ellas que no hicieron sino rozarle, si bien una le cortó un mechón de cabellos junto á la sien y la otra le trazó un surco ensangrentado en la frente.

Pero fué menos afortunado con la tercera que le atravesó, por cima del codo, el brazo con que se asía á la verja, y quedóse clavada en su biceps como una banderilla, instrumento salvaje de tortura que usan los españoles para castigar al toro.

— ¡Torpes! — gritó Knauss á los bandidos — sólo uno le ha herido, y ahora estáis desarmados...

En fin tal vez eso le haga soltar presa.

Se equivocaba.

El conde, dominando el dolor, forzó los heridos músculos de su brazo izquierdo á conservar su rígido sostén y, lejos de abandonar el barrote, crispó, al contrario, más aún en él los dedos, al tiempo que se erguía orgullosamente, para lanzar á los ecos su grito de combate, como antaño en los fosos de Caylus, en Pamplona, Burgos y Segovia.

« ¡Lagardère! ¡Lagardère! »

Pronto se escapó nuevo gemido.

Era otro asaltante que acababa de desplomarse herido en el corazón por la espada del conde.

Peyrolles espumaba de rabia.

— ¿Cómo le tenéis tanto tiempo en jaque, si está ya medio muerto? — gritó.

— ¡Pronto, tu lazo, — ordenó Knauss al á quien llamaban el español — y trata de no fracasar como esos imbéciles!

El español preparó la cuerda.

— ¿Pero quién eres, miserable? — preguntó entonces el conde á Peyrolles — ¿y por qué me haces asesinar cobardemente?

¿He cometido algún mal contra ti ó los tuyos? Si así ha sido, habla, para que reconozca yo mi crimen.

— Sí, conde de Lagardère, cometiste conmigo un crimen que toda tu sangre no puede rescatar. Pero no quiero hacértelo saber aún ni decirte quien soy. Para eso espero tus últimos momentos... los cuales no van á tardar.

El malvado viejo, al ver que el conde se volvía á levantar después del guadañazo, y que empezó á correr aunque apenas lo sostenían sus piernas, pensaba que aquel hombre era de temer mientras estuviera en pie.

Por esa razón no quería descubrirse hasta que Lagardère se hallase expirante, es decir, cuando ya no pudiera temer nada de él.

El conde trataba inútilmente de recordar á quién pertenecía aquella voz. Su memoria no quería ayudarle.

Y, sin embargo, le era conocida.

Pero, ¿dónde la había ya oído?

Y mientras se esforzaba por recordarlo, seguía defendiéndose encarnizadamente, perforando pieles y cortando carnes.

De repente, el español le echó el lazo.

El bandido había calculado el golpe de modo que el nudo corredizo le apretase el cuello para poder estrangularlo.

Y, en efecto, el collar de cáñamo llegó á pasar por cima de la cabeza del conde; pero, habiendo tropezado con la reja, fué despedido hacia delante y cayó sobre

el pomo de la espada de Lagardère, donde quedó sujeto.

Aprovechando esta circunstancia, el conde, retiró bruscamente el brazo, atrajo la cuerda hacia sí, obligando de ese modo al español, que se la había atado á la muñeca, á acercarse, y lo atravesó de una estocada á fondo.

Seis de sus enemigos yacían ya en el suelo.

Pero, desgraciadamente, disminuían las fuerzas del héroe y empezaba á notar un profundo entorpecimiento en el brazo que le sostenía; experimentaba una especie de parálisis tetánica.

Quiso reaccionar contra aquella insensibilidad que podía ponerle á disposición de sus agresores, pues, si soltaba la reja, no le cabía ya defensa alguna.

Fué en vano... y le parecía que el miembro herido se separaba del tronco, como si se lo amputaran.

Luego, de repente, se dobló sobre las rodillas, y su brazo cayó inerte á lo largo del costado.

Peyrolles y Knauss, lanzaron juntos una exclamación de feroz alegría.

— ¡Por fin! — exclamó el intendente. — ¡Ya lo tenemos!...

— ¡Aun no, miserables! — repuso Lagardère con voz intensa.

Entonces, cual león acosado que se ve perdido irremisiblemente y quiere hacer pagar cara su vida á sus enemigos, el conde, reuniendo las fuerzas que le quedaban, continuó defendiéndose.

Parecía que su espada arrojaba llamas, y sus estocadas eran más rudas que nunca.

Durante diez minutos más, se defendió con tan prodigiosa energía que cayeren muertos otros tres asesinos.

Pero ese fué su último esfuerzo.

Un estertor salía de la garganta del héroe vencido.

Súbitamente, un velo nubló la vista de aquel gigante de la espada, un frío mortal corrió por sus venas, por falta de sangre, y su poderosa espalda se inclinó hacia atrás, en donde quedó detenida por la verja contra la cual se apoyaba.

En seguida se precipitaron sobre él los bandidos y le atravesaron con rabia, vengándose así, en el cuerpo inerte de la víctima, de su heroica resistencia.

Valientes ahora que no tenían ya peligro, tan inmundos asesinos se entretenían como las hienas, insultando al conde privado de conocimiento, así como los árabes hieren al cadáver del rey de las selvas, al que no se atrevían á acercarse, cuando estaba vivo.

Peyrolles quiso detenerlos.

Habíase desenmascarado para darse á conocer á Lagardère antes de que éste exhalase el último suspiro.

Los hombres no le escucharon y redoblaron sus golpes.

Aquella salvaje escena durara tal vez mucho tiempo, á no ser por un ruido inusitado que se produjo dentro del hotel.

Del edificio principal salió un pequeño grupo de personas, una de las cuales llevaba un farol.

Eran algunos inválidos que, advertidos por la prolongada lucha desarrollada al extremo de su jardín y

por el grito que lanzó el conde, acudían á ver lo que ocurría.

Al verlos, los asesinos abandonaron á su víctima.

— Id á esperarme á la *Pie-sans-Queue*, — les dijo Peyrolles — yo iré en seguida, para liquidar cuentas.

Una vez á solas con el conde se inclinó contra éste :

— Lagardère — le dijo, muy cerca del rostro. — ¿Querías saber quién era yo?... ¡Pues bien! mira... Ya están al descubierto mis facciones, y puedes reconocer en mí al que mataste en el cementerio de Saint-Magloire.

Soy Peyrolles... Peyrolles, á quien creías muerto hace cuatro años, y que ha resucitado para matarte á su vez...

¡Mira... mírame!...

¡Maldición! — exclamó golpeando violentamente la tierra con el pie — ¡no me oye; está muerto!

¡Se escapa lo mejor de mi venganza!

El conde no estaba muerto, sino desmayado.

No obstante, eso bastó para que no percibiera ninguna de las palabras de Peyrolles... y así le ahorró Dios un nuevo dolor. Cuando menos, no conocería á su verdugo.

El viejo no pudo quedarse más. Los inválidos se acercaban.

— ¡Ahora, á los suyos! — murmuró al marcharse. Y con sorna, añadió :

— Ese orgulloso, decía antes « tras los criados, el amo »; á mi vez, puedo decir yo hoy : « ¡tras el marido, tras el padre, la esposa y el hijo! »

Poco después, los ancianos soldados llegaron junto á Lagardère, que continuaba inanimado.

Al oír el ruido de la lucha, no se emocionaron con exceso, pues sabían que los alrededores de su residencia servían generalmente de cita á los que tenían que zanjar alguna disputa.

— Es un duelo — habían pensado.

Y más bien acudieron por curiosidad.

Pero el espectáculo que se ofreció á sus ojos, disipó pronto su error, y no les costó mucho comprender, al ver el pecho, así como los miembros del conde cubiertos de heridas, que éste había sido víctima de un atentado.

— ¡Qué cobardes! — dijo uno — debían de ser una cuadrilla, porque aquí hay siete cadáveres.

— Sin contar esos tres — añadió otro, designando los tres cuerpos cuando, rompiendo Lagardère el círculo, se había dirigido hacia la verja.

— Ni los que, desde lejos, he visto yo huir — añadió un tercero.

— ¡Vaya un temple que debía de tener este hombre, — exclamó el primero — para haber podido resistir tanto tiempo á esos chacales y haber hecho sucumbir á diez de ellos!

Y los viejos soldados, peritos en bravura, rindieron homenaje de admiración al héroe vencido.

Luego, cuatro de ellos fueron á buscar unas andas, y con mil precauciones trasladaron al conde al interior del hotel, adonde acudió en seguida á verlo el cirujano de su compañía. Este último conoció en seguida que el desgraciado no necesitaba sus auxilios.

— No tiene dos horas por delante — exclamó; — y hasta es extraordinario que viva todavía. Lo único que puedo hacer es tratar de reanimarle, para que nos diga los nombres de sus asesinos.

Entonces, el cirujano le administró algunas gotas de un reactivo enérgico, cuyo resultado no se hizo esperar.

En efecto, pronto recobró el conde el conocimiento y abrió los ojos.

La honrada faz de los viejos que le rodeaban le demostró que estaba fuera de las garras de sus agresores.

Disponíase el cirujano á interrogarle, cuando él mismo tomó la palabra, y dijo, con voz débil, pero clara.

— Amigos míos, soy el conde Enrique de Lagardère.

Ese nombre produjo sorprendente efecto.

— ¡Lagardère! — exclamaron á una los inválidos, descubriéndose respetuosamente, pues todos habían oído hablar del heroísmo del conde.

— Sí, — continuó éste — esta noche he caído en una infame emboscada y me he visto asaltado por quince asesinos...

Á su cabeza iba un hombre enmascarado...

¿Quién es?... No podría yo decirlo, pues no me conozco enemigos...

Pero él es el verdadero asesino... á él hay que buscar antes que á nadie...

Ahora, amigos míos, llévenme pronto á mi casa...

¡ no quisiera morir sin abrazar por última vez á la condesa y á mi pobre hijo !

Accediendo inmediatamente á ese deseo, los veteranos le condujeron á su casa, con la mayor suavidad posible, donde llegó antes de expirar. Pudo decir á Aurora, loca de dolor, lo ocurrido aquella noche, sin que pudiera darle á conocer la identidad del hombre del antifaz.

Ya sabemos lo demás...

Como hemos dicho al comenzar esta segunda parte, la policía entró inmediatamente en acción.

El que la dirigía en aquella época, M. René Hérault, señor de Vaucresson, lanzó á sus más finos sabuesos en persecución de los asesinos, removi6 cielo y tierra para encontrarlos.

Todo fué inútil; no pudo descubrirse á ninguno.

Y es que los cinco bandidos que quedaron, marcháronse al amanecer, con los bolsillos repletos de oro, á ocultarse lejos, mientras que Peyrolles y Knauss, que se les anticiparon, salieron para Brujas la misma noche.

XIV

EL CALLEJÓN SIN SALIDA

Ahora tenemos que volver al día siguiente al en que se verificó en casa de la condesa Aurora la punzante escena de la autopsia que, como se recordará, había terminado con la confesión de Helouin.

Aquel día fué cuando Felipe, como se lo había contado á Cocardasse, al salir de la hostería de los *Trois Aiglons*, y cuando regresaban al campamento, se había visto abordar por el anciano, la víspera de salir para Bohemia.

Ahora sabemos ya que aquel anciano alto no era sino Peyrolles.

En Brujas, donde había quedado como enterrado, desde la muerte del conde Enrique de Lagardère, se hallaba, gracias á Bathilde, al corriente de lo que ocurría en el palacio de Nevers.

Al recibir la noticia de la muerte del condesito, llenóse de júbilo.